

---

## LA DUQUESA DE LA HAMACA.

---

### I

En cierto país cuyo nombre no es necesario recordar, y donde existía gran número de los que se han llamado nobles, sólo porque con su dinero compraron un título, ó por haberlo heredado de unos abuelos que lo adquirieron sabe Dios cómo, había una señora Duquesa, renombrada por su hermosura, y de gran fama por sus riquezas, boato y esplendor.

El primitivo nombre de su título se había perdido ú olvidado: tal vez se llamaria en un principio Duquesa de los Terrones, de la Lechuga, ó de la Cantimplora; el hecho es que de todos era conocida por Duquesa de la Hamaca, nombre que le vino por lo que voy á contar á ustedes.

Criada desde la cuna entre la riqueza, las galas y los mimos, y complacida en todos sus caprichos de niña, fué creciendo sin aprender ni saber nada, si no es colocarse bien el tontillo y la gorguera, hacerse los cai-

reles, y darse uno que otro pincelazo de cosmético ó pintura, dizque para hacer más interesante y atractiva su belleza. Leer, sólo con mil trabajos, y deletreando: escribir, ni por pienso, qué esa ignorancia era en aquellos tiempos gala de los nobles, y los pendolistas eran gentuza de poco ménos, como alguaciles y curiales: lavar un trasto, coger una escoba, coser un broche, y ejecutar otras faenas caseras y *humillantes*, ¿cómo lo habia de hacer la señora Duquesa?

Con la falta de cierta educacion, se hizo casquivana y orgullosa; y con la ausencia de todo trabajo, que es el que da vigor al cuerpo y alegría al ánimo, crióse delicada, enfermiza y en extremo perezosa. Tan delicada era, que los muelles divanes de pluma le lastimaban, y tan perezosa, que apeteciendo sólo la postura horizontal, y no encontrando lecho bastante blando, habia mandado poner en su cámara una hamaca de finísimas mallas de seda, y otra igual en su jardin: en la una descansaba en la noche y la mayor parte del dia; y en la segunda pasaba, tendida y dormitando, las horas de la siesta calurosa.

Y como constantemente la veian suspendida como crisálida en aquel aparato colgante, dieron en llamarle Duquesa de la Hamaca.

Una de sus camareras era la que tenia que ver más con su inmediato servicio, y era, en su parte moral y en la física, todo lo contrario de la señora Duquesa. Activa, laboriosa, infatigable, todo lo ejecutaba bien y en orden; apta en labores mujeriles, hacia primores; y

con una regular instruccion, servia para muchas cosas. Cenceña, muy morenita, de toscas facciones y algo corcovada, lo que la naturaleza le habia negado en belleza física, se lo prodigó en cualidades morales, porque era buena, servicial y complaciente, ejercitando con exceso estas dotes en el fatigoso servicio de su ama.

Diariamente pasaban escenas como esta:

—Ninete—decíale la Duquesa—pónme esa chinela que se me ha caido.

Y la camarera la alzaba, le limpiaba el polvo, y se la ponía con cuidado.

—Ninete, me estoy abrasando de calor: tráeme un refresco.

Y la jóven corria, volviendo pronto con la bebida refrescante, que daba á su ama á pequeños sorbos y con su propia mano, porque la señora Duquesa no queria moverse ni perder su agradable postura.

—Mira, Ninete, este vestido ya me fastidia: trae otro y pónmelo.

Así lo ejecutaba la complaciente criada.

—Ninete, présteme bien este alfiler..... Ninete, espanta estos mosquitos que me están mortificando..... Ninete, hazme aire con el abanico..... Ninete, mece un poco la hamaca, pero no muy fuerte, porque me desvanezco..... etc., etc.

Por su indolente pereza, la señora Duquesa rara vez se presentaba en la corte, y sólo de tiempo en tiempo iba un ratito á saludar á la reina.

La reina era lo que se llama *muy mujerota*, es decir, que sabia hacer y mandar todo lo que es necesario para la buena administracion de una casa, lo cual constituye el mérito de las mujeres hacendosas.

La proverbial pereza de la Duquesa de la Hamaca habia llegado ya á sus oídos, y mirando con desagrado aquel defecto, trató de dar un mal rato, ó por lo ménos una dura leccion á la perezosa.

—Oye, Duquesa—díjole en una de sus entrevistas—tengo empeño en hacer un obsequio al rey mi esposo el día de su cumpleaños, consistente en un tapiz cuyo bordado represente su entrada por el arco de triunfo que le levantaron á su regreso de la guerra.

—Es ciertamente feliz tal pensamiento de V. M.

—Pero el caso es que con tantas ocupaciones á que atiende, no podré hacer el tal bordado en el tiempo preciso.

—Es una desgracia.

—Y he pensado en tí para que me desempeñes. Tú debes saber bordar con primor.

La Duquesa se turbó, pero luego dijo con aplomo:

—Haré lo que pueda; aunque el bordado no saldrá tan bien como de manos de V. M.

—Bueno. Quedas en el encargo. De aquí á un par de meses será el cumpleaños de mi esposo: haz de modo que para entónces esté concluido.

—Descuide V. M. Voy inmediatamente á poner manos á la obra.

La Duquesa llamó á Ninete, y haciéndole algunas

zalamerías, le contó el empeño de la reina, y acabó por decirle:

—Yo haria en un santiamen el dichoso bordado; pero ya ves cuán mal ando de salud, y eso seria matarme.... Conque tú te encargarás de ello, ¿no es verdad, Ninete?

—Haré lo que me mande Su Excelencia.

—Sobre todo, te encargo el secreto: ese bordado debe aparecer como hecho por mí.

—Está bien, señora.

Y Ninete, con su característica laboriosidad y su notable aptitud, se puso á la obra.

Cada vez que la reina veia á la Duquesa, le preguntaba:

—¿Y cómo va ese bordado?

—Bien, señora..... Me están dando algun trabajo ciertos detalles, pero voy venciendo las dificultades, y V. M. lo tendrá en el plazo requerido.

—¡Cuánto me alegro!—contestaba la reina con sonrisa ligeramente irónica.

El rey tenia un bufon, que era un pobre sér contrahecho y deforme, como casi todos los que escogian los soberanos para su diversion, sin pensar que muchas veces en aquellos cuerpos desgraciados habia un espíritu noble, un talento poco comun y sentimientos elevados.

La reina solia emplear al bufon para que le llevase algunos recados, y con este motivo iba algunas veces á casa de la Duquesa de la Hamaca. Ésta le trataba

con soberano desprecio, y una vez hasta llegó á llamarle impertinente y ridículo; por lo cual aquel desgraciado tomó aversion á la orgullosa dama.

El bufon era corcovado, mucho más que Ninete; y quizá por la semejanza de figura ó por la igualdad de su posicion mercenaria, ó más bien porque ambos eran buenos en el fondo, congeniaron y se trataban con amable comedimiento.

Así pues, siempre que iba el bufon con recado á casa de la Duquesa, no dejaba de detenerse á saludar á su amiguita la camarera.

Mas un dia que fué en busca de Ninete con tal objeto, encontró cerrada la puerta de su habitacion. Sin pensar ser indiscreto, y sólo por el interes que le inspiraba la jóven, aplicó un ojo á la cerradura.

Algo vió, sin duda, que le llamó la atencion, porque en dicho espionaje permaneció algun tiempo. Retiróse luego lentamente y de puntillas; y quien hubiese estado cerca de él, habria notado que su feo semblante se contraia con sardónica risa, y que con voz reconcentrada decia estas palabras:

—¡Ah, ah! ya comprendí el enigma. ¡Soberbia Duquesa, pronto me la vas á pagar!

## II

Entretanto, llegábase ya el cumpleaños del rey, y todo era hacer preparativos para celebrarlo.

Desde ocho dias ántes aumentó la insistencia de la

reina con la Duquesa, y cada dia le enviaba un recadito preguntándole cómo estaba el bordado y cuándo estaria concluido. La Duquesa respondia siempre, despues de hablar con Ninete:

—Que le digan á la reina que lo estoy concluyendo, y que estará oportunamente.

En fin, dos dias faltaban nada más para la gran fiesta, cuando la Duquesa mandó poner su carruaje, y que metiesen en él un bulto cuidadosamente envuelto. Luego, acompañada de Ninete, dirigióse al palacio y se hizo anunciar á la reina.

La Duquesa habia llevado consigo á Ninete, no tanto por aprecio á la excelente jóven, sino porque desconfiaba, temiendo que durante su ausencia cometiese alguna indiscrecion respecto al secreto que le habia encargado, y porque preveia que tal vez la reina le haria preguntas sobre pormenores de aquel trabajo, y no sabiendo la Duquesa qué responder, Ninete lo haria por ella ó le inspiraria las respuestas.

La reina nunca habia creido que la Duquesa pudiese hacer aquella labor, ó cuando mucho, que á duras penas malforjaria algun mamarracho que no se atreveria á presentarle. Así es que cuando le avisaron que la Duquesa queria ser recibida para presentarle su encargo, sintió mucho gusto, y más que todo, gran curiosidad. Pretendiendo divertirse en grande y burlarse del previsto mamarracho, llamó á todas sus damas y á algunos individuos de su servidumbre, diciéndoles reservadamente de lo que se trataba.

Presentes todos en el extenso salon donde debia colocarse el tapiz, fué introducida la Duquesa, que iba con aire orgulloso y triunfante. Ninete la acompañaba, llevándole la cola del traje, en actitud humilde, toda turbada al verse ante tan espléndida concurrencia, y procurando ocultarse.

—Van ustedes á ver—dijo la reina á los concurrentes—una obra maestra de manos de la Duquesa. Vamos á ver—añadió dirigiéndose á ésta:—enséñanos esos primores.

Á una seña de la Duquesa, dos lacayos fueron desplegando el tapiz, colocándolo de una manera conveniente para que fuese contemplado.

Un grito de admiracion se escapó de todas las bocas. Las palabras irónicas de la reina tuvieron una acepcion recta. Aquella era verdaderamente una obra maestra: el rico tapiz ostentaba un bordado admirable: el primor del dibujo, sus atinados matices formados con ténues hilos de estambre y de finísima seda; sus hermosos detalles, su exquisito claroscuro, y sobre todo, el exacto parecido del retrato del rey pasando por el arco triunfal, hacian de aquel tapiz una obra artística que parecia resplandecer en luces, en colorido y en verdad.

Al verlo la reina, participó de la general admiracion, pero dijo con más acentuada ironía:

—¡Tú has hecho esto, Duquesa! ¿tú?.....

—Sí, señora, y grandes afanes me ha costado, para complacer á V. M.

La reina iba tal vez á hacer otra pregunta, cuando

una figura estrambótica plantóse de un salto en medio de la concurrencia, sonando repetidamente los cascabels del gorro que llevaba encasquetado. Era el bufon, que usando de sus prerogativas, iba quizá á interrumpir aquel acto con alguno de sus chistes.

Esto no era extraño. En aquel tiempo como en todos, la inconsecuencia de los soberanos se manifestaba aun en la consideracion y tolerancia que otorgaban á sus bufones, cuando éstos atropellaban toda etiqueta con objeto de hacer una de las suyas y divertirlos.

—¿Qué quieres, Pomposo? ¿por qué vienes á interrumpirnos?

—Antes que se me escapen las ideas—respondió el que llamaban Pomposo paradójicamente—quiero contarte, reina, un cuentecillo interesante.

—Ya te escuchamos; y acaba pronto.

—Óyeme con atencion.—Érase una vez una cigarra que vivia en la ociosidad, encaramada en un árbol, y ocupándose sólo en chillar ó en dormirar durante las horas calurosas: era vanidosa, soberbia y presumida; en fin, la tal cigarra no tenia por donde la desechara el diablo. Sin embargo de esto, el animalejo, á pesar de ser un bicho antipático, tenia dos amigas; una de ellas encumbrada y poderosa, la otra humilde, activa y laboriosa; la una de su misma especie; la otra, una abeja que todo el dia corria de aquí para allá buscando materiales con que fabricar su rica miel.

—Me parece que el cuento va largo, y nos vas á cansar.

—Pronto voy á concluirlo; aunque estoy seguro—añadió dirigiendo una maliciosa mirada á la Duquesa—que entre esta concurrencia hay alguno que quisiera que nunca se acabase..... Aquella encumbrada amiga de la cigarra dijo á ésta un dia: “Oye; quisiera yo obsequiar á mi amante con un regalo, verbi gracia, con una miel tan buena como esa que he visto ahí cerca en el panal de las abejas. ¿Podieras tú fabricarme una poca?—¡Cómo no!—dijo la pretensiosa cigarra—eso lo sé hacer yo volando.” Pero como en realidad nada sabia hacer, ocurrió á su amiga la abeja, y le dijo: “Amiguita, ¿podrias tú proporcionarme una poca de tu miel?” “Con mucho gusto, amiguita,” díjole la abeja; y llevóle algo de la miel blanca y perfumada, fabricada por ella. Y hé aquí cómo pudo la perezosa cigarra obsequiar á su encumbrada amiga con el trabajo ajeno; ó como se dice vulgarmente, *hacer caravana con sombrero ajeno*.

—Nada de chiste encuentro en tu cuentecillo, Pomposo; y no debias habernos quitado el tiempo con tus simplezas.

—Vas á saber, reina, cuál es lo divertido de mi cuento. Mira: esta Duquesa es la cigarra perezosa; y aquella modesta jóven es la abeja laboriosa que tan ricas cosas fabrica. ¿Has entendido?

Un murmullo como de aprobacion se dejó oir entre todos los concurrentes, porque ninguno queria á la Duquesa.

—¡Ese reptil me calumnia!—dijo ésta—y espero que V. M. castigará al feo monstruo por su insolencia.

—¡Poco á poco, Duquesita de la Hamaca!—clamó Pomposo contoneándose grotescamente.—Voy, reina, á probar la verdad de mi cuento. Mira esas manos ducales: sus cuidadas y largas uñas, que quisieran destrozar-me, y su blancura, y su tersura, y su untura con pasta de glicerina, todo indica que nunca han tomado la rueca ni la aguja..... Ven acá, Ninete..... Mira, reina, esas manecitas, que aunque pulidas y graciosas, están maltratadas con el trabajo: míralas con más atencion; tienen todavía marcado el color de los estambres y de la seda, y esos dedos los piquetes de la aguja.

—¿Conque es cierto, Duquesa—dijo severamente la reina—que has venido á engañarme?

—Yo prometí traer á V. M. un tapiz bordado, y he cumplido mi promesa.

—Tienes razon, cumpliste de cierto modo..... A mí es á quien toca dar á cada cual lo que merece, por ese obsequio. Tú, Duquesa, te vestiste con las plumas del pavo, y me engañaste. Anda de aquí, y no vuelvas á aparecer en mi presencia..... Tú, Ninete, quédate conmigo: desde hoy eres mi primera camarera.

La Duquesa se retiró confusa y humillada, sin tener quien le ayudase á llevar la larga cola de su traje. Dicen que poco despues murió, del pesar que le causó aquella repulsa.

Entretanto, los asistentes á esta escena seguian comentándola, y á la vez que no se cansaban de admirar lo bien acabado del tapiz, colmaban de atenciones y de elogios á Ninete.

—Como epílogo de esta historia—dijo el bufon—voy á decir á ustedes dos verdades: la primera es esta: que siempre el perezoso es mal visto de todos, y todo llega á perderlo por su torpe negligencia: la segunda es, que el laborioso, por muy modesto y por muy humilde que sea de condicion, alcanza alguna vez el premio que merecen la paciencia y el trabajo.

---

## CRUELDAD Y CARIDAD.

---

### I

—Niños—nos decia algunas veces mi tia cuando se disponia á narrarnos el presente cuento—no es bueno ser cruel con ninguno de los seres creados que son capaces de sentir, y por lo mismo de padecer. La crueldad indica malos sentimientos y corazon duro, cosas ambas ajenas á la caridad que debemos practicar todos los humanos. Voy á demostrarlo á ustedes con el siguiente relato.

\*  
\*  
\*

Cristina era una niña de índole irascible y de ninguna sensibilidad, de cuyos defectos dió muestras desde sus tiernos años. Naturaleza rara y casi varonil, entreteníase á veces en inquietar á las abejas en su panal, aun cuando recibiese uno que otro aguijonazo, sólo por el gusto de verlas moverse zumbantes y formando